

LIBROS

“ESTAR CONTIGO”

DE
CARLOS SAHAGÚN

Nunca he puesto en duda que Carlos Sahagún (Onil, Alicante, 1938) haya sido uno de los poetas más entrañables y singulares de la generación española de los años cincuenta. Tanto sus “Profecías del agua” (1958), como su “Como si hubiera muerto un niño” (1961), fueron libros que enseñaban a ver y a hablar de otra forma a la poesía española de por aquellos años, especialmente entre quienes empezábamos a pensar en la necesidad de una revisión de la intención y el lenguaje poéticos. Con Carlos Sahagún un grupo bien nutrido e importante de poetas escribió con intención, con ganas, y con sentido y rigor envidiables, una de las mejores poesías que de la postguerra hasta hoy se conocen. Y lo digo sin hipérbole alguna. Pero todos, o casi todos, estos poetas se sumieron, en la década siguiente, en un silencio total o parcial. O no volvieron a publicar, o editaron su “obra completa”, que era algo así como cancelar aquella imagen generacional que, de alguna manera, quisiéramo o no, habían configurado, especialmente a través de la antología de Francisco Ribes, “Poesía última” (Taurus, 1963).

En el caso concreto de Carlos Sahagún han sido doce años de silencio para llegar a este libro, “Estar contigo” (1), que es también una recopilación de su última labor. Creo que el libro es un índice altamente revelador de muchas de las cosas que pasan en la poesía española de hoy. Es algo así como si se descubriera que en ese largo y significativo silencio viene implicado también el paso por un purgatorio, no ya de los escritores en quienes siempre

se ha mantenido la fe, sino, más bien, de su escritura. Como si en estos diez o quince años de espera asistiéramos a la necesaria revisión de los valores que, en su momento, fueron rompedores. ¿Qué ha sucedido, pues? Yo diría —a la vista de este libro— que Carlos Sahagún ha mantenido su fe poética, pero no ha querido llevarla hasta sus últimas consecuencias. Vuelven a ser fundamentales los temas de su primera época: infancia, pasado, amor, solidaridad:

.....
desde la soledad, desde más lejos,
oh desamor definitivo,
imposible regreso de los mares,
humillada niñez, isla vacía.

Carlos Sahagún confiesa: “Y nació la palabra. Sólo entonces, / Sólo entonces, / con negación y sin remordimiento, / palabra es la certidumbre; pero la palabra le impone un respeto venerable, y, en modo alguno puede ser vulnerada. Nada puede hacerse, entonces, por este camino. Como tampoco a través de esa angustiada desazón por responder a lo que dejó el pasado; a través de esa tendencia a la melancolía y al escepticismo, que llega a desembocar en el resentimiento de un alma atormentada ante la tristeza y la desilusión. Yo creo que, en Carlos Sahagún, no se han cauterizado completamente las heridas de su infancia negativa y mutilada; de ese “período neutro” en que “el niño está dispuesto a aceptar como verdadera cualquier enseñanza”, pero que se quiebra desazón primera, hacia los trece años” desazón primera, hacia los trece años” cuando “se cierra el ciclo armónico del mundo infantil”. Carlos Sahagún no ha dejado de ser ese niño que está como truncado, como muerto, pero que siente, en carne viva esa frustración. Por eso, su actitud rencorosa, destemplada, que lo lleva a la ironía, al sarcasmo, a la crueldad premeditadas, ya presupuestas, y que rozan los formalismos de una poesía social que él y los de su generación combatieron desde la vertiente de la expresividad.

Esas razones que sustentaron su quiebra ya han sido superadas, o deben serlo; al mismo tiempo, se hace precisa una escritura que las supere. Abierta la espita en medio del círculo vicioso en que dio la escritura de la poesía *social*, estos escritores acomodaron la suya a un nuevo surco: el que se trazaba, lento, meditativo, hondo, enraizado en la poética machadiana: la España de “charanga y pandereta”, la España del Dios ibero; la España de la juventud más joven; o la del hombre del casino provinciano. Y reflexionaron sobre ella, y sobre su quebrada evolución. Una España que quizá no haya variado mucho sustancialmente, que quizá sea lo único real y verdadero que nos debe preocupar, pero que necesita encontrar nuevos caminos expresivos para intentar reconocerse. “Epitafio sin amor”, poema que cierra el libro que comentamos, me parece imprescindible para entender esto que digo. Es como un canto de cisne, inútil ya, si la tarea inmediata que nos cumple es la de superar los lastres que nos acosan y nos anulan. Si no es así, nuestra poesía seguirá empozada en los fondos de una expresividad que, en modo alguno, puede ser dinámico, por real y evidente que parezca.

JORGE RODRÍGUEZ PADRÓN

(1).—Carlos Sahagún. “Estar contigo”. Col. Provincia. León, 1973. 103 págs.



“NATANAEL”

DE
PEPE PIERA

“El poema no puede ser un hombro donde apoyar asfixias”. Es una justísima afirmación que hace Pepe Piera en este libro suyo (1), merecedor del último Premio Ausias March. Afirmación que nos hace reflexionar sobre el valor y sentido de la poesía. Ultimamente he tomado contacto con muchos de los más recientes libros de la más joven poesía española; y en todos, un síntoma común: la necesidad de enfrentarse al poema no como vertedero de la conciencia, sino como campo fértil e incultivado, que permite las más enriquecidas formas de roturarlo. Esto, que si, por una parte, es una de las tomas de conciencia más despiertas de nuestra última literatura, es, por otra, la causa de una difícil disyuntiva, de una muy espinosa cuestión, toda vez que la poesía española de las últimas décadas se ha nutrido, casi exclusivamente, de una tradición completamente divergente. ¿Has dónde debe llegar esa aventura? Parecen preguntarse los poetas más jóvenes. ¿Hasta dónde es posible —en nuestra circunstancia— cuestionar un texto? ¿Hasta dónde las consecuencias de una postura definitivamente rompedora; ¿no estaremos envolviéndonos en un fácil y confuso hermetismo sin mucho sentido?

He de confesar que cada día me decepciona más la poesía como género específico; decepcionado por cuanto no se encuentra, a pesar de los esfuerzos reiterados y de las conciencias despiertas, la fórmula adecuada, ni en el lenguaje ni en la actitud, para conseguir zafarnos de esa empalagosa retórica literaria que nos ahoga, bien como paño de todas las lágrimas de todas nuestras desdichas, bien como golosa complacencia en el poder sensorial y o enajenador de la palabra pura.

Dirá Pepe Piera que esquivo el compromiso y que divago; pero no. “Natanael” es, por mor de esas limitaciones imponderables, un libro dolorosamente testimonial;

algo así como ese "hombro donde apoyar asfixias", pero es también el libro de un escritor, de un poeta extraordinariamente poseído por la magia de las cosas y por la vida ("Una libertad sonora por las venas"), lo que se transforma sobre el papel en una palabra ajustada, en una adjetivación precisa, en el puro contacto con todo y, por encima de ello, en el ansia arrebatada del amor ("Amor, elemental palabra viva"). Vida, gozo de la misma y amor, tres formas de posesión del mundo, de conocimiento, que bastan para delatarnos la presencia de un buen escritor; no porque sean los temas sobre los que cabalga su palabra, sino porque su tratamiento, arrancando de las mismas sustancias esenciales, convierte a su libro en verdadera *poesía* (y ahora hablo en sentido lato).

Pero nada de ello es óbice para que volvamos a plantearnos las disyuntivas primeras, aquellas acuciantes preguntas. Yo no niego la existencia de escritores importantes, de muestras igualmente interesantes, pero lo indudable es que por ellas (y por ellos) seguimos esperando que se lleguen a encontrar las *puertas al campo*, esos caminos perdidos que, para nuestra poesía, se hace imprescindible recuperar, si quiere salir incólume y revitalizada de esta difícil encrucijada.

J. R. P.

(1).—Pepe Píera. "Natanael". Ed. Excmo. Ayuntamiento de Gandía. Premio Ausias March, 1972. Valencia, 1973. 49 págs.